

COSA DE TRES

—¡Estamos rodeados de mierda! —dijo Tom, un invitado.

Era cierto. Los tres chavales estaban sitiados por numerosas brazadas de basura en un sofá del comedor.

—Dame un papel, Jack —dijo John, otro invitado.

—¡Que te den por el culo! —se apresuró a exclamar Jack, el anfitrión, mientras lanzaba al aire un papel de fumar.

La mierda del comedor flotaba en su rutina. Siempre había botellas de leche vacías en el suelo, apestando a leche podrida. Siempre se contaba alguna patada a distintas latas de conserva abiertas, con su corrosivo aceite putrefacto. Los fragmentos de pizza se endurecían en los rincones, igual que algunos calzoncillos apergaminados, acastañados de sucia brisa anal. Como en broma, bajo las patas de una silla, se dejaban distinguir unas bragas de cartón piedra todavía envueltas en su perfume chillón, dadas de sí por unos testículos casi proscritos. Toda la cochambre se salía fuera del piso sin pedir disculpas a nadie. Incluso los excrementos del váter se salían fuera: una meada borracha y ciega, una cagada disparada en diagonal, como bala perdida, unos trozos de papel higiénico que fallaban la canasta, restos de barba desparramada, pelos pubianos, todo tipo de palominos, licuefacciones y grumos. El piso, más que centenario, en esa

ocasión cobijaba a la cabritilla loca más larga y fea del mundo y al mayor cerdito que hubiese conocido nunca Ciutat Vella, la ciudad vieja, la zona más antigua de Barcelona.

Los tres chavales se pasaban un canuto. Entre ellos se llamaban John, Jack y Tom. Así lo convinieron, sin saber muy bien por qué, el día que terminaron de ver una película cuya trama se relacionaba con la guerra de Secesión de los Estados Unidos de América.

Jack, el anfitrión, y John y Tom, los invitados, se pasaban el canuto como buenos colegas. El humo olía a resina de pino y atenuaba un poco el amargo tufo de las basuras anegadas. El calor del verano era más insoportable que nunca. La callejuela del portal hedía a orines más que nunca. La noche se desvanecía trastornada. A los mosquitos les faltaba el aire para volar. La cera de los cuerpos se derretía en lagunas de sudor. Costaba hablar. Costaba mover un dedo. Costaba echar un polvo. Costaba dar un paso. La noche despreciaba cualquier impulso. La noche, correosa, se despreciaba a sí misma.

Jack, John y Tom bebían latas de cerveza, casi heladas, una tras otra. Miraban la televisión sin comprender sus imágenes. «¿Por qué grita ese tío?», pensaba Jack cuando algún personaje alzaba la voz. «¿Y esa tía que se morrea quién es?», se preguntaba John.

—¿Por qué canta ese julandrón? —inquirió Tom inesperadamente.

Los tres bebían cerveza pensando en otros momentos. Cuando terminaban el último trago, cerraban la mano, aplastaban la lata y la arrojaban a los pies de la estúpida televisión. Los tres, de nacimiento, eran renegridos y muy delgados. Como es natural, con trece años no habían consegui-

do crecer del todo. Los tres tenían muy mala conciencia, se divertían mucho con su mala conciencia.

—Como hoy venga mi hermano diciendo que se corta la polla, lo mato —dijo Jack.

—La mariconona se merece una lección —añadió John.

—Tu hermano la mariconona es una puta mariconona —concluyó Tom.

Los tres tenían los ojos muy colorados, como si hubiesen llorado de rabia.